ALQUIMIA

Maria del Carmen Legelen

Image not found.

Capítulo 1

Alquimia

Aún tiemblan mis manos cuando por azar…. o no, tropiezan desprevenidas con esta fotografía, olvidada en un rincón de un cajón cualquiera. Parece tener la arbitraria intención de recordarme el verano pasado, me remonta obligada a aquel momento, cuando mi mirada se posa en ella. Creería que una fuerza oculta cierra mis ojos y veo delante de mis párpados los cerros verdes de Piriápolis, regalo de su vegetación agreste, encadenados entre sí enmarcando sus playas, su puerto, sus casas.

Es un balneario que dista a unos cien km del pueblito donde vivimos, fue fundado por Francisco Piria en el año 1890. Un uruguayo que vivió gran parte de su niñez en un monasterio de Italia con monjes jesuitas, donde se dice aprendió todos los secretos de la alquimia, donde logró el dominio de todas las sustancias: las transmutaba en sus formas más sutiles o perfectas. Y en Piriápolis encontró el escenario posible donde podía estrenar su obra mayor: su propia transmutación. Por lo que eligió y compró este lugar, ya que encontró en él, un inusual campo energético, capaz de despertar desde las profundidades de la madre tierra, para elevarse por las entrañas de los cerros y renacer en sus cimas e ir al encuentro de su plenitud, con la energía astral del éter. Piria abandonó este mundo en 1933, a sus ochenta y seis años, pero cuentan los lugareños que por las noches, se lo ve deambular por su castillo y se oye el ladrido de Urano: su perro fiel.

En enero pasado sentía que iba a ser diferente, era una sensación de presagio, de premonición. Íbamos con mi esposo y mis hijas en el auto por la carretera que conduce hacia el cerro del Toro, uno de los lugares más emblemáticos de la zona. Los arbustos que bordean sus orillas nos acompañaban coloreando y perfumando el recorrido. Sólo se llega en vehículo hasta la mitad del camino, donde se yergue imponente la estatua del toro, de su boca emerge agua pura cristalina, extraída del interior profundo del cerro. El toro simboliza la materia y el agua el espíritu, donde un plano no anula el otro, en cambio se complementan, para entre ambos evolucionar. Continuamos a pie subiendo por caminos desparejos, entre piedras y raíces de árboles, quienes nos prestaban sus ramas como manos solidarias, para que podamos subir un paso más. Me sentía muy cansada, no había dormido bien en la noche, porque en mis sueños, Francisco Piria vestido con una capa color oro hasta el suelo, con expresión desencajada, ojos flameantes, y una varilla metálica poderosa en su mano diestra, se elevaba del suelo casi tocando las nubes, señalaba fuertemente con ella el mar provocando olas gigantes que arrasaban las arenas, señalaba los cerros y temblaban hasta la cúspide desmoronándose sobre las viviendas y la personas, señalaba el cielo y éste se arremolinaba

en truenos, relámpagos y ventarrones sobre Piriápolis.

Le pedí a los míos que continuaran sin mí, yo los alcanzaría luego en la cima, me senté a descansar sobre una roca al lado del camino, la sombra fresca del lugar, el canto de los pájaros silvestres, y el silencio profundo lejos de la civilización, eran un bálsamo para mi cuerpo y mi mente, ya que ese no era mi mejor día. Dejé caer mis párpados y empapé todos mis sentidos con las sensaciones que llegaban por doquier. Una sutil oleada se impulsaba suavemente por mi espalda, desde su base hacia a mi cabeza, era una sensación única, embriagadora, sentí que iba a permanecer allí dándole un movimiento rítmico, pero cual si se abriese un gran ventanal de par en par, así se abrió mi coronilla, para transportarme veloz y suave al mismo tiempo hacia un laboratorio en el sótano de un castillo, familiar para mí, de mis visitas veraniegas, donde en mesas se hallaban varios tubos de ensayo borboteando sustancias sobre mecheros encendidos, en estanterías vidriadas gran variedad de frascos guardaban hierbas de la zona y varios elementos más. En el centro de la habitación, mirando y sonriéndome compasivo, muy diferente a la persona de mi pesadilla se encontraba Don Francisco Piria: el alquimista del lugar. Me habló con voz calma y pausada, me explicó del porqué de nuestro encuentro allí hoy: *de que me ayudaría a transmutar lo que yo deseara para mí y mis seres queridos* Traté de liberarme de mi estupor no podía desperdiciar esa milagrosa oportunidad, sentí que el tiempo volaba y temía cansar a mi inesperado ¨ salvador¨, por lo que atropellada, fuerte y sin pausa respondí: ¨deseo transmutes mis miedos por confianza y valor, en mi esposo su reserva e introversión por apertura y comunicación, en mi hija Indra su impulsividad e impaciencia por equilibrio y reflexión, y en mi hija Dalia su radicalidad e intransigencia por flexibilidad y compasión¨. Bien¨- me contestó- "tomaré tus manos con las mías" "y a través de ellas viajen hacia ustedes las luces del Universo llevando las virtudes solicitadas aquí hoy". Mis manos ardieron como fuego en las suyas y sólo sé que esbocé un ¨gracias maestro¨, para de pronto vertiginosamente, sentirme sentada de nuevo allí sobre la roca, al lado del camino, la sombra fresca, el canto de los pájaros, pero ya no el silencio profundo, desde arriba y a lo lejos se oían los míos llamándome para que subiera con ellos a la cima. Sacudí mi somnolencia y emprendí el camino sintiendo mi pecho ungido por la confusión, mientras subía peldaño a peldaño, construido accidentalmente por el pasaje de la gente, me ayudaba de las ramas, y cuando liberaba una a la vez mis manos, las miraba atenta buscando vestigios que comprobaran si había sido un sueño o no. Me reuní con mi familia, era mágico ese paisaje, casi hipnotizados en ese estado de disfrute, de belleza, nos tomábamos fotos, entre nosotros y recurriendo a algún turista para que nos fotografiaran juntos, con el protagonismo detrás de los demás cerros salpicados en sus laderas por las viviendas de los lugareños o del mar que se mostraba en un rítmico juego besándose con la playa y al mismo tiempo dibujando un encuentro perfecto con el cielo, sin nubes, sin pájaros. Queríamos perpetuar en instantes, las sensaciones y sentimientos que creo todos los mortales debemos experimentar en una

naturaleza como ésta.

Ya cuando la tarde se adormecía emprendimos el regreso a casa. Para ese entonces mi lado analítico y racional había vencido la batalla a mi lado sensible y pasional, convenciéndome de que había soñado, producto de la mala noche pasada. Me sentía más tranquila, sentía la calma y la seguridad que da lo comprobado, lo conocido. Hasta que mis manos comenzaron a temblar y todo se tornó en confusión, cuando mirando las fotos, vi en una de ellas, haces de luz, luces de todos los colores conocidos y más; sobre nosotros, sobre los míos, sobre nuestros cuerpos; luces brillantes nos rodeaban, nos impregnaban, nos protegían, semejábamos ser seres luminosos, irradiando brillo y color; mientras que en el firmamento dos nubes dibujaban manos entrelazadas, manos que simulaban un pacto, un puente o un ritual tal vez…..

FIN